

Jorge Enrique Adoum en París

Con *El sol bajo las patas de los caballos*, del poeta ecuatoriano Adoum, el director Fabio Faccioni ofrece a los espectadores parisinos del Teatro de la Ciudad Universitaria una ejemplar demostración de teatro latinoamericano, pues todas las características se hallan aquí reunidas, en cuanto a tema, tipo de dramaturgia, elenco, escenografía y dirección. Se trata de la conquista del Imperio Inca por los españoles, de la sumisión del pueblo, de la destrucción de su cultura y de la explotación colonialista de los individuos como de las materias primas a través de los siglos, hasta hoy día.

Quien haya recorrido América Latina, interesándose por el teatro, habrá presenciado media docena de espectáculos sobre el mismo tema. Y no es para asombrarse. Porque no existe intelectual latinoamericano en busca de su ser, de sus raíces y de sus semejantes que no tope con este acontecimiento fundamental de su historia. No hay ninguno que acepte sin indignación o mala conciencia sus perennes consecuencias.

Tan característico como el tema es el tipo de escritura. Hasta hoy, América Latina ha sobresalido en la poesía y la novela. Su dramaturgia tiene mucho de narrativo y poético, mucho de lamento y poco de conflicto. Esta obra de Adoum puede definirse como un poema transcrito en imágenes y esclarecido por referencias a la actualidad. Es tan obvio el sufrimiento de las masas latinoamericanas que parece odioso allá el individualismo. La mayor parte del teatro latinoamericano contemporáneo evoca tragedias o problemas colectivos. En *El sol bajo las patas de los caballos* también, lo importante no es el encuentro de los individuos excepcionales y simbólicos que son Atahualpa y Pizarro, como en la obra del inglés Peter Shaffer, *Pizarro y el Sol*. Lo importante es el asesinato de un pueblo durante tres siglos.

En cuanto a la dirección, firmada por un italiano que ha pasado varios años en Quito, como experto de la UNESCO, cifra lo ideal de los directores latinoamericanos. Su espectáculo es poco costoso, porque lo realizó con unas cuantas cajas pintadas de negro, algunos metros de tela roja y unos objetos—¡magníficos!—dibujados por Oswaldo Guayasamin en Quito y fabricados en París por Françoise Darne. Los efectos logrados con las luces y tan poco material son notables. Las cajas, dispuestas o apiladas de diversos modos, pueden ser barco, isla, trono, cárcel, etc. . . . Las manos de los prisioneros que salen retorciéndose por los agujeros especiales de las cajas, iluminadas por una luz cruda, parecen rasgar el alma del espectador. La tela, también con agujeros, para las caras, puede reunir a la gente del pueblo para formar un solo cuerpo, evocar el mar, servir de manto imperial. El crucifijo-esqueleto-espada de Guayasamin es impresionante. Una música original de Edgardo Canton pauta discreta y eficazmente la función. Los jóvenes no-profesionales, reunidos por Fernando Sánchez, ya tienen experiencia teatral. Pero se han sometido a una preparación corporal intensa.

El resultado es un espectáculo modelo, constantemente ingenioso, eficaz y bello: uno de los mejores del invierno parisino.

Genevieve Rozental
París